

LUIS CILIA

Una voz de libertad

LUIS Cilia ha nacido en Nova Lisboa, una ciudad en el Plano Alto, al Sur de Angola, en el Interior. Su padre era colono y ha vivido allá cuarenta años. No sé, posiblemente Angola no sea más que la imagen de un blanco que manda y un negro encadenado que obedece sobre los campos del miedo y la miseria.

Hace más de un año, habíamos estado con el matrimonio Cilia en su apartamento de la rue Crozatier, en París. Conjeturamos largamente sobre el futuro de Portugal y sobre los grandes problemas que dejan planteados al pueblo los regímenes autoritarios. Nos habíamos despedido ocultando una recíproca pesadumbre.

Después le hemos visto ya en medio de su tierra, cubierta de «cravos bermellos» hasta la boca de los fusiles. Cilia se puso a cantar, y le escuchábamos desde la orilla de nuestro silencio, allí en el Pabellón de los Deportes de Oporto, justamente en el I Encuentro Libre de la Canción Portuguesa Popular. Estaban presentes, entre otros, Zeca Afonso, Mario Branco, Fanhais, Letria, Fausto, Adriano, Manuel Freire, voces reencontradas junto al pueblo que abren su canto total en aquella tarde, como era justo, con «Grandola vila morena», porque es otra ya la melodía que no la de siempre...

Ahora, Luis Cilia ha estado por la margen derecha del Miño, dando recitales en las ciudades más importantes de Galicia. El éxito ha sido grande. Ha venido por simpatía, por amistad, por contemplar quizá a Portugal desde este lado. Y se ha ido hacia Zamora, Salamanca, Toledo, la Andalucía, por un atajo cultural y popular hacia las tierras de Francia, y después, a Portugal, a un Portugal ya sin sangre en Ultramar...

—Mis padres se divorciaron cuando yo tenía un año, y fui criado por un empleado que había allí en la casa y que se llamaba Luciano. Recuerdo que los trabajadores negros necesitaban algo así como un certificado, una ficha que les daban con todos los días señalados, y el patrón tenía que firmarles cada día, ya que si no los llevaban presos. Era su documentación y tenían que enseñarla cuando se la pedían. Un día, mi padre se olvidó de firmar la de Luciano, y cuando le fue a buscar al Comisariado al día siguiente, ya le habían cortado todo el pelo con un trozo de cristal de botella y tenía la cabeza ensangrentada. Estas eran cosas corrientes...

—No, en ese tiempo no había aún movimientos militares. Esto era

entre los años cuarenta y tres y cincuenta.

—En los niños de las escuelas no existía prácticamente el racismo; en los juegos, tampoco. El racismo comenzaba a partir de una cierta edad. El poema del «Menino negro que não entró na roda» caracteriza bien esta situación en Angola.

El ambiente angoleño en estas fechas era plenamente reaccionario, lo mismo que en la metrópoli. Todo aquel que tiene un título es tratado de «doctor». Había una verdadera lucha hasta límites realmente inconscientes, hasta lamentables sacrificios, por ser doctor. Las familias querían que sus hijos obtuviesen un título. La promoción social se hacía, en una palabra, por la palabra doctor. Incluso los alumnos en las escuelas tratan al maestro de «señor doctor».

—Yo nunca fui motivado a estudiar música de pequeño. En Angola no había Universidad; la Universidad se hizo a toda prisa cuando comenzó la guerra colonial, en mil novecientos sesenta y uno, para mostrar al extranjero que Angola también era igual.

—En aquella época, terminados los estudios en el Liceo, sólo los hijos de quienes tenían algún dinero podían ir a estudiar a Portugal. Debo hacer notar que en Angola entonces había un noventa por ciento de analfabetos, y que en mil novecientos sesenta y uno sólo había

un médico negro, el doctor Agostinho Neto, que es el Presidente del Movimiento por la Liberación de Angola.

La población nativa no podía beneficiarse de la institución universitaria, porque ya sólo el viaje desde Angola hasta Portugal resultaba extremadamente caro, casi irrealizable, y después, estas gentes habrían de soportar todavía la carga de mantener a sus hijos durante prolongadas estancias.

—En Portugal, claro, empecé a interesarme por la música, pero tenía que estudiar, tenía que obtener el diploma, y para ello estaba matriculado en Económicas, sin interés ninguno. Allí tuve como profesor, en el primer año, a Pereira de Mora, que es hoy uno de los viceministros y economista de gran talla.

—Allí, en Lisboa, comencé a frecuentar una asociación donde se reunían los estudiantes que venían de las colonias, y que se llamaba la Casa de los Estudiantes del Imperio (del Imperio Colonial), y que no cambió su nombre aun cuando a las colonias ultramarinas les llamaron después «provincias».

—Esta asociación fue cerrada en mil novecientos sesenta y cinco por la PIDE, que prácticamente fue allí todos los días para detener a alguien. Todos los grandes líderes de los movimientos de liberación, Amílcar Cabral, Agostinho Neto, Mario Andrade, han pasado por allí.

En esta asociación he establecido interesantes relaciones, y pude aprender mucho en convivencia con otros compañeros que habían llegado de Cabo Verde, de Moçambique, de Guinea.

En este punto, Luis Cilia nos cuenta una anécdota, una anécdota que deja de manifiesto la absoluta ignorancia de los medios represivos y pone en entredicho la firmeza de su actitud política como funcionarios de una ideología a la que obedecen, en realidad, sin fundamentos racionales. «En una ocasión —nos dice—, la PIDE entró a registrar la casa, y se llevaron el Diccionario de Larousse, exclamando: "¡Qué!, la Rusia, ¿eh? Pues nos lo llevamos"».

—Sí, yo he estado desde los diecisiete hasta los veintuno en Lisboa; aquí todo empezó a clarificarse. Las imágenes que me habían chocado emocionalmente, sentimentalmente, comenzaron a concienciándoseme políticamente. Desde los dieciocho, cuando se inició la guerra colonial, adopté la determinación de no hacer el servicio militar, de no participar en la injusticia de esa atroz lucha. Intenté ver si mis padres me permitían ir a estudiar fuera para evitar una posición de fuerza, pero como eso no fue posible, a los veintinueve años me puse a conseguir un pasaporte para marcharme.

—Bueno, la única canción que había era la canción oficial. En esa



Luis Cilia ha pasado a cantar a la margen derecha del Miño, y luego ha bajado a Zamora, Salamanca, Toledo, Andalucía. Canta: «Num Portugal Chelo de Liberdade...».



época no existía el movimiento que luego se creó. José Afonso vivía entonces en Coimbra y cantaba el fado de Coimbra; los otros compañeros no sé ni lo que hacían. Yo tuve la suerte de conocer al poeta Daniel Filipe, que era uno de los grandes poetas portugueses, fallecido en mil novecientos sesenta y cuatro, quince días después de nuestra llegada a París. En su casa me dio a conocer canciones de Leo Ferré, y como Leo Ferré había musicado a Aragón, discutimos sobre el interés que una cosa análoga tendría para Portugal. Fue entonces cuando puse música a «O menino negro que não entrou na roda», que no es de Daniel Filipe, sino de Geraldo Peça, aunque en este tiempo también había puesto música a algunos poemas suyos y comentaba con él la música y discutíamos si se hacían precisas algunas modificaciones de texto. De hecho, ha sido Daniel Filipe quien me ayudó bastante y me animó.

«Sí, cantaba algo... Cuando llegué a Portugal cantaba aquellas cosas de Elvis Presley —sin la menor conciencia de los problemas sociales—, y hasta grabé algunos programas de radio. Por aquella época, la gente cantaba este tipo de música, y lo hacía, además, en inglés. Tal vez yo haya sido de los primeros que comenzaron a cantar en portugués, aun en contra de la tendencia absurda de que la lengua portuguesa no se adaptaba a estas canciones, y, en cambio, era masacrada por los cantantes oficiales. La primera vez que canté poesía de Daniel Filipe en la Casa de los

Estudiantes del Imperio, me trataron de asesino: «Muscar poesía, mais iso é un crime!».

Poco después, cuando Luis Cilia comenzaba a orientar las bases de su futura dedicación musical, que le convertiría en una de las voces más significativas de Portugal, hubo de abandonar Lisboa en compañía de un teniente médico destinado a Moçambique, y que también desertaba, llevándose a su esposa con él. Con este matrimonio hizo el viaje hasta París en automóvil.

—Llegué a París el uno de abril de mil novecientos sesenta y cuatro; llevaba trescientos francos en el bolsillo. Inmediatamente se me planteó la lucha por la supervivencia. Tuve que ejercer todo tipo de trabajos, como la mayoría de mis compatriotas: descargar camiones, ser guarda nocturno, traducir libros para poder arreglar los papeles, las cartas de trabajo. Durante dos años me ha sido imposible vivir de la música.

«Desde un principio mantuve contactos, y me integré a los demás exiliados políticos portugueses. Trabajé en una asociación que se llamaba Asociación de los Originarios de Portugal. Tengo la impresión de que el ochenta por ciento de mi tiempo lo he vivido para mis paisanos.

«Es curioso, cuando uno llega a París, va siempre lleno de ilusiones: París, ciudad de la cultura. Y poco a poco se va conociendo otro París, el París del racismo, el París individualista en donde un extranjero ha de realizar siempre los peores trabajos y ha de vencer las

mayores dificultades incluso para conseguir un piso; un París en donde el francés medio no es más culto que el portugués medio o el español medio...

«En Francia hay novecientos mil portugueses, y sólo en París ciento cincuenta mil: es decir, un décimo de la población de Portugal vive y trabaja en Francia.

En condiciones verdaderamente adversas, al primer año de su llegada graba en Le Chant du Monde su «Canto de luta», que posiblemente es uno de sus LPs que alcanzaron una mayor popularidad en el mundo. Su vocación musical es absoluta y le obliga a una tenaz disciplina. Armonía, fuga, contrapunto. Trabaja con un compositor de música contemporánea, Michel Puig, catalán francés notablemente significado. Continúa ininterrumpidamente sus estudios de guitarra con Antonio Membrado.

—Ya van allá siete años que estudio música y no le veo el fin todavía.

Un poeta español le presenta a un realizador francés que tenía interés por hacer un film sobre la emigración clandestina portuguesa y quería adentrarse en los medios de la colectividad lusitana para conocer su problemática, sus condiciones de vida, etcétera. Este film, finalmente, se llamó «El salto», y representó a Francia en el Festival de Venecia. La banda sonora de esta película, que actualmente se proyecta en España, fue realizada por Luis Cilia.

—La música de cine en Francia es una mafia tremenda, y además,

como nosotros hacemos una vida muy retirada, no hacemos vida de relación social, es muy difícil conocer a gentes y poder tener oportunidades de este tipo. Sin embargo, he tenido algunas posibilidades de trabajar: puse música para una pieza del escritor teatral Jean-Pierre Chabrol, y para televisión, dos o tres composiciones. Y he ido grabando discos, seis LPs, y realicé varios viajes: asistí al Festival de Turín en mil novecientos sesenta y cinco, al I Gran Festival de Canción Protesta de mil novecientos sesenta y siete, en Cuba, en el que participamos ochenta cantantes de todo el mundo. De España estaba Raimon; de Uruguay, Daniel Viglietti; también se encontraba allí Peggy Seeger, hermana de Pete Seeger, etcétera. En tres ocasiones fui a festivales en la Alemania Democrática.

«Desde luego, paralelamente continuaba dando recitales varias veces a la semana a mis compatriotas. Bueno, en un principio mis canciones les producían una cierta sorpresa. Durante casi cincuenta años habían venido escuchando siempre el mismo tipo de canción oficial, y ahora esto les asombraba, les parecía increíble.

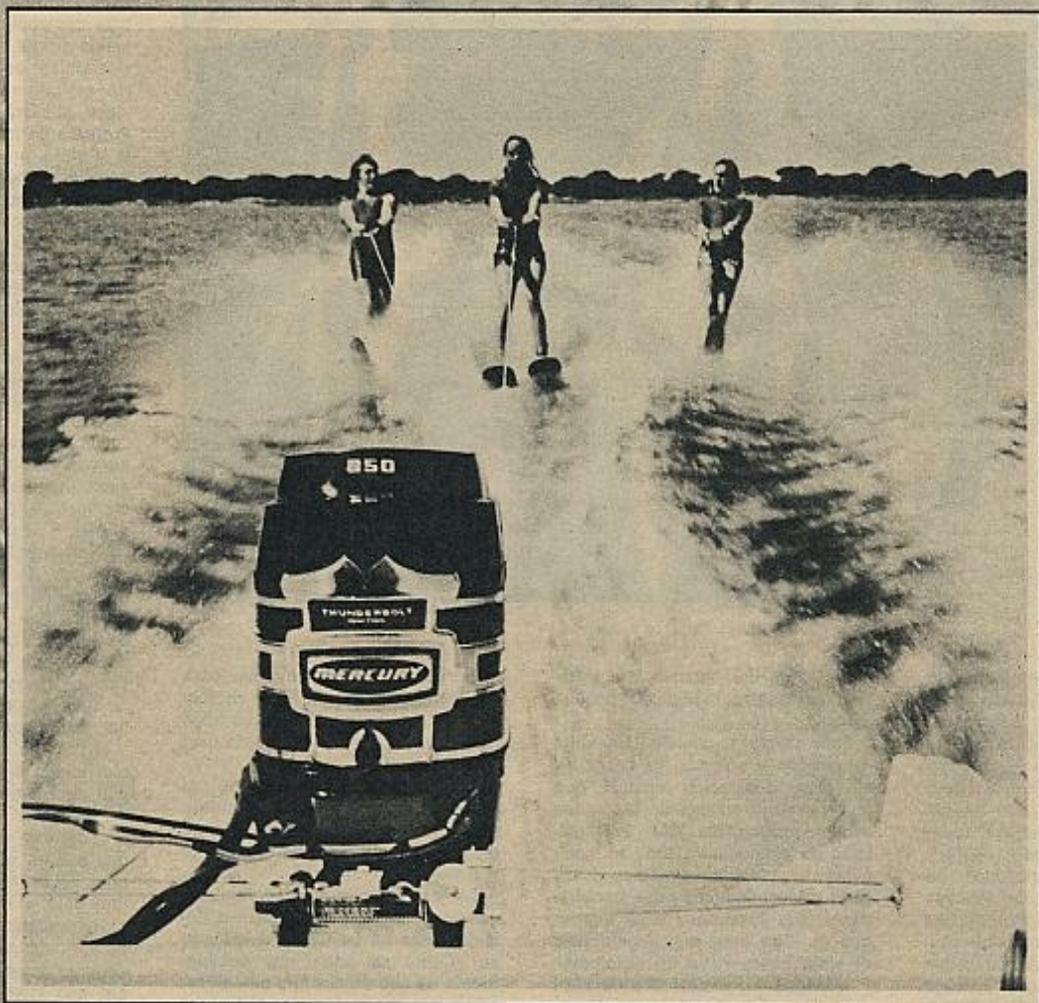
«A uno de los sitios que iba con más asiduidad era al Foyer du Bâtiment, a la Casa de los Obreros de la Construcción, que son agrupaciones de barracas en donde viven los trabajadores, y allí recuerdo que las primeras veces, al acabar cada canción, se miraban unos a otros y no se atrevían a aplaudir, con miedo a que estuviese allí algún informador de la Policía. Cuando ya había terminado el recital, era curioso ver cómo venían así, uno a uno, disimulando, y me cogían el brazo diciéndome en voz muy baja: «Oye, nos gustó mucho».

«Ultimamente, ese miedo era ya menor, aunque la PIDE había conseguido estar omnipresente; es decir, aun cuando no estuviese allí, las personas la temían.

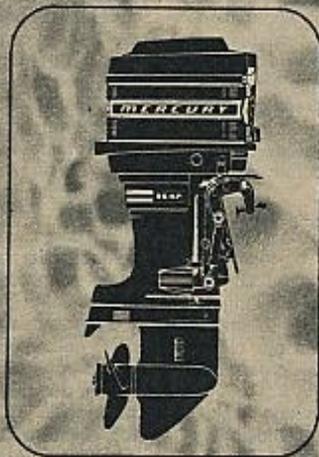
«Personalmente también me han provocado molestias. Cierta día forzaron la ventana de mi cuarto y registraron toda la habitación, tiraron los cajones de las mesas y armario, revolviéron todos mis papeles de trabajo. Cuando me presenté a la Prefectura, me dijeron que la PIDE estaba introducida en Francia, que tenían pasaportes privados en regla y que absolutamente nada se podía hacer. Al intimidarme a mí, pretendían que yo amedrentase a cuantos conocía.

«Hace dos meses, sin ir más lejos, había ido a cantar a cien kilómetros de París, y aparecieron allí unos veintitantos tipos comandados por un tal señor Pinto, que trabajaba en un Banco portugués de allá y que tenía estrechas vinculaciones con la Policía de mi país, y se pasaron el recital gritando; por ejemplo, cuando estaba cantando «Rola sangrenta una bola», ellos me decían: «A bola vai ser a tua cabeça», etcétera, toda una serie ▶

MERCURY PARA HACER FUERA BORDA LO QUE REALMENTE DESEA



Si es usted de los que disfrutan exigiendo al máximo sobre esquies, ponga una cuerda entre usted y un Mercury... y déjese arrastrar por un incontenible torrente de potencia. Un Mercury fuera-borda será su mejor garantía para practicar el esquí acuático con todo el brío y la emoción que usted le exige. Con potencia asegurada desde el primer instante por el arranque seguro de los Mercury, y beneficiándose en todo momento de las ventajas de un motor líder indiscutible en propulsión marina. Decídase por Mercury, el fuera-borda "responsable" en calidad y en servicio, con una perfecta Red de Agentes para atender al motor y sus repuestos, prepáralo para invierno, almacenarlo junto con su



embarcación, o transportar ambos donde usted desee.

Hay 25 modelos Mercury, en 10 potencias diferentes entre 150 H. P. y 4 H. P., para que usted haga lo que realmente desea. Vea a su Distribuidor Mercury.



TOURON

Castelló, 23 - Tels. 225 85 80/88/89 - Madrid-1

LUIS CILIA

de barbaridades. Rompieron discos, me esperaron a la salida y hubo unas escenas típicas de esas que provocan los sicarios del fascismo. En fin, tuvo que protegerme la Policía francesa.

«Ahora, a mi regreso de París, trataré de hacer un nuevo recital en el mismo sitio, para ver si conservan la misma valentía...»

Una de las experiencias que Luis Cilia recuerda con más agrado quizá sea aquella época de finales de 1964, en que conoció a unos españoles que habían organizado un grupo de teatro llamada La Carraca, y entre los que estaba Paco Ibáñez.

«En ese momento él y yo éramos unos desconocidos, unos «ilustres» desconocidos. Paco tenía el disco de Lorca y yo el «Canto de luto»: «Eu gosto muito do LP do Paco».

«Colaboramos con ese grupo de teatro. Todos los domingos había espectáculos. Era un grupo de aficionados y actuábamos tanto en París como fuera. En esas fechas hicimos venir a Raimon y a un jovenito de dieciocho años, que después cambió bastante y empezó a ir por otros caminos distintos al nuestro: era Serrat. También acudió allí Pi de la Serra. Eran tiempos de proyectos y de esperanza...»

De músicos contemporáneos españoles, Luis Cilia se concreta en Luis de Pablo. Todos los años hay una Semana de Música Contemporánea en París. Hace algún tiempo dedicaron esta Semana a Luis de Pablo, y tuvo oportunidad de conocer su música, sus grabaciones; ha asistido a sus coloquios, y como resultado de todo ello, ha despertado en él una profunda admiración.

«En lo que se refiere a la canción, creo que dentro del tipo de música paralela a la que yo vengo haciendo, debo destacar en Cataluña a Raimon, a Pi de la Serra; en el País Vasco, a Miguel Aboe, Xavier Lete; en Galicia, a Miró; en Andalucía me agrada especialmente José Menese.

El 25 de abril sorprendió a Luis Cilia a quinientos kilómetros de París, dando recitales para portugueses. Por la mañana, al despertarse, encendió la radio y oyó la noticia sin darle una esencial importancia.

«Como muchos de nosotros estábamos allí por razones militares y conocíamos las bestialidades que se cometían en las colonias ultramarinas, y además las experiencias de Bolivia, Grecia y Chile, teníamos una cierta prevención contra lo que eran los movimientos militares.

«Sabíamos que, «de facto», había un grupo de militares, de oficiales progresistas, que habían hecho comunicados contra la guerra colonial y contra la situación, etcétera. Pero no sabíamos hasta qué punto podían influir en sus compañeros.

«Por tanto, cuando recibí la noticia quedé, desde luego, muy contento, porque un mero cambio era ya importante dentro del inmovilismo político de Portugal. Pero de cualquier manera, como no tenía noticia de la base política del movimiento de las Fuerzas Armadas, estaba con cierto escepticismo. En realidad, fue al proceder la Junta a la liberación de los presos políticos cuando me convencí de que una determinación así sólo podría ser tomada desde un prisma progresista.

«Tan pronto pude, regresé a París. Se convocaron reuniones públicas, y en medio de un gran entusiasmo se informó del cambio y de su naturaleza. Allí mismo organizamos un avión para pasar en Lisboa el uno de mayo. El treinta de abril partimos en compañía de Alvaro Cunhal. La acogida que nos dispensaron fue algo extraordinario, algo inenarrable... He participado en muchos acontecimientos. He visto el mayo sesenta y ocho en París, pude ver el Festival Mundial de la Juventud en Berlín, pero con tan espontánea alegría jamás había visto nada.

Es fácil comprender que Luis Cilia esté deseando volver a Portugal para centrar su trabajo en Lisboa. Este es su gran proyecto y su más íntima ilusión. Sin embargo, no lo hará así en tanto continúe la guerra colonial. La coherencia de su actitud es admirable. En sus circunstancias se encuentran unos ciento siete mil portugueses. La ausencia se prolongará, pues no aceptan situaciones de privilegio ni quieren plantear problemas a un Gobierno que ha de resolver todavía un sinnúmero de cuestiones trascendentales.

«Los músicos y los cantantes en Portugal ya no deberán tender al individualismo o a la formación de grupos, sino a integrarse en el Sindicato, desde el que se contribuya a la politización del movimiento y a la concienciación del país.

Y dejamos ya en esta espera a Luis Cilia, con su voz en alto, como una bandera «Num Portugal Novo Cheio de Liberdade»... ■ SALVADOR GARCIA-BODARO.



En el Pabellón de los Deportes de Oporto, durante el I Encuentro Libre de Canción Popular Portuguesa, los cantantes José Afonso, J. M. Branco, Fausto y Letria, cantando con el público «Grandola, Vila Morena».

ALIANZA EDITORIAL ALIANZA TRES

1

Corpus Barga
Los galgos verdugos
PREMIO DE LA CRITICA 1974
140 ptas.

2

Andrei Platónov
Dzhan
Prólogo de Evgueni Evtuchenco
Traducción de Amaya Lacasa
120 ptas.

3

Cesare Pavese
Cartas (1926-1950) 1
Traducción de M.ª Esther Benitez
200 ptas.

4

Cesare Pavese
Cartas (1926-1950) 2
Traducción de M.ª Esther Benitez
160 ptas.

5

Rafael Dieste
Historias e invenciones de
Félix Muriel
100 ptas.

6

Edouard Dujardin
Han cortado los laureles
Prólogo de Valéri Larbaud
Traducción de Roberto Yahni
100 ptas.

7

Pedro Salinas
Visperas del gozo
100 ptas.

8

Ronda de muerte en Sirena
Espectáculo de Ricard Salvat
Sobre textos narrativos, poéticos
y dramáticos de
Salvador Espriu
160 ptas.

9

Italo Calvino
La especulación
inmobiliaria
La jornada de un
escrutador
La nube de "smog"
Traducción de Angel Sánchez-Gijón
190 ptas.

10

Julio Cortázar
Octaedro
120 ptas.